

con las alas extendidas y las patas apretadas contra el vientre; arrastrábase penosamente hacia la pared, y á pesar de las desigualdades que esta presentaba en su superficie, nunca le era dable trepar á lo largo de la misma. «No cabe duda, dice Girtanner, que nuestra ave hace lo mismo cuando cae al suelo en estado libre. Si tiene la suerte de caer sobre el techo de una casa ó en la superficie de una roca, se arrastra del modo descrito hasta llegar al borde, y desde aquí no hace mas que echarse abajo para luego emprender el vuelo; pero si por desgracia cae en un recinto cercado de muros verticales, ó en otro sitio al extremo de cuya pendiente no puede llegar con facilidad á causa de su vasta extension, entonces está irremisiblemente perdida.

Asegúrase que cuando el vencejo alpino yace en el suelo, sin ser bastante á levantarse de él, vuelan inmediatamente en su auxilio sus demás compañeros, como lo hace el vencejo comun, logrando con frecuencia levantarle y hacerle recobrar el vuelo. No dudo de la posibilidad del hecho, mayormente cuando recuerdo con viva satisfaccion otro análogo acontecido entre unas chovas: una de estas aves corria de una parte á otra, sin poder remontarse á causa de tener las alas sumamente recortadas; acertó á ver á su desdichada compañera una bandada que estaba viajando; arrojóse inmediatamente sobre ella, y cogiéndola con el pico por las alas, despues de perseverantes esfuerzos, consiguió levantarla á considerable altura: aquellas aves no renunciaron á su generoso intento, ni se alejaron del sitio hasta despues de haberse convencido de la inutilidad de sus esfuerzos. Por mi parte no negaré que así sepan socorrerse mutuamente los vencejos alpinos en caso apurado; pero en manera alguna puedo conformarme con la opinion de Girtanner cuando afirma que estas aves caidas al suelo, no pueden ya levantarse de nuevo y están, por tanto, condenadas á perecer. Sin duda en semejante caso se conducirán como el vencejo comun y se servirán de iguales medios que este; pero salta á la vista que para comprobar la verdad de nuestro aserto, se ha de colocar el ave no en los estrechos limites de una sala, sino en sitio despejado y abierto, desde el cual pueda descubrir un vasto horizonte y recobrar así el valor que le falta para remontar el vuelo.

«Si se hallan reunidos varios vencejos alpinos, observa Bolle, su grito se parece á un prolongado trino, en el que se percibe clara y distintamente una *r*, acompañada del sonido de *i* al principio y al fin. Este es un sonido natural, que armoniza perfectamente con el aspecto agreste, pero claro y sereno, que suelen presentar los sitios de la costa habitados por estas aves, sonido que va aumentando ó bien perdiendo en intensidad, segun la distancia á que las mismas se hallen respecto del observador; sin embargo, siempre vuelve á resonar de la misma manera en los oídos de este, y solo se hace mas perceptible á causa de su larga duracion y monotonía.» Los que vuelan solos y aislados, emiten unos sonidos que podrian expresarse por las sílabas *ziep, ziep*; con ellos llaman indudablemente á sus compañeros, que, sin embargo, se ven siempre á muy corta distancia.

No menos que su presencia, son tambien interesantes las costumbres y régimen del vencejo alpino, como puede verse por el siguiente fragmento de Girtanner. «Nótase siempre una animacion extraordinaria, dice el citado observador, en las inmediaciones de la vieja torre y de la cordillera que sirven de morada á estas aves sociables, pero sumamente pendencieras, turbulentas y aturcidas. Ni un momento siquiera durante la noche, cesan las riñas y el tumulto en el interior de las grietas, donde tienen fabricados sus nidos, en términos que difícilmente se comprende cómo pueden gozar de un reposo, que parece serles del todo indispensable, dada

su incesante actividad. Esta, sin embargo, sube de punto, no bien los primeros rayos de la luz del dia penetran dentro de las sombrías hendiduras, á cuya hora se disponen á salir de ellas sus alados moradores: con el pecho aplanado contra el suelo y auxiliándose eficazmente con sus alas, arrástranse con sumo trabajo á lo largo de las grietas hasta llegar al borde de las mismas, y conseguido su intento, no tienen ya que temer para el resto del dia mas penalidades ni fatigas.

»Sale entonces la bandada de misteriosas sombras; remóntanse á través del fresco y límpido aire de la mañana, lanzando penetrantes gritos, que terminándose de vez en cuando en un agudo gorio, resuenan alegremente en medio del silencio del crepúsculo y llevan la animacion al fondo de los barrancos del bosque y de las ciudades, aun envueltos en tinieblas. Sin desplegar las infatigables alas mas que en el momento de descender, remóntanse, formando círculos, á tan considerable altura, que ya no es posible descubrirlos á la simple vista, y parecen por un momento haber traspuesto los limites de su dominio. Sin embargo, no tardan en aparecer de nuevo: allá en las regiones etéreas véense centellear, como copos de nieve heridos por los rayos del sol naciente, sus brillantes alas y su blanco vientre sin mancilla. Así pasan toda la mañana, ora cazando, ora jugueteando, pero siempre con estrépito, al rededor de sus moradas. Si ya entrado el dia les molesta el calor, retiranse á descansar en el interior de sus frescas y sombrías habitaciones, donde prefieren pasar las horas cuando aquel es muy intenso. Este es el momento en que todas se entregan al sueño; al menos permanecen tranquilas y con las alas plegadas, y no se oye el menor ruido. Al declinar el dia despiértase de nuevo la agitacion y la vida entre las inquietas aves; cortan lentamente el aire describiendo grandes círculos y cruzándose las unas con las otras; la algazara y el tumulto sin limites no cesan hasta haber cerrado la noche, y aun en esta hora se las ve revolotear alegremente en las calles ya desiertas de la ciudad y en los pastos de los Alpes abandonados por los rebaños. Cuando el tiempo es malo ó lluvioso, indudablemente nuestras aves se quedarian gustosas dentro de sus moradas; pero el hambre las fuerza á salir de ellas: en tales ocasiones cada una va por su camino, persiguiendo con afán los insectos á través de los pastos de los Alpes, ó recorre silenciosamente la corriente de un arroyo, donde pueda encontrar algunas libélulas ú otros insectos parecidos; y el altivo morador de las montañas está satisfecho y contento, si rasando ahora en su vuelo la superficie del valle, puede hallar algo con que aplacar su hambre. Si en las mas elevadas zonas de los Alpes baja mucho la temperatura ó estalla de súbito una de aquellas espantosas tempestades que suelen desencadenarse en aquellas alturas, estas aves descienden tambien al valle. Despues de una tenaz sequía, acogen regocijadas la templada lluvia; entonces beben, se bañan, sacúdense los molestos parásitos, vuelan encima de sus moradas, y hasta aquellas que están empollando, abandonan sus nidos para entregarse á este dulce pasatiempo.

»Este modo de vivir libre y regocijado continúa hasta llegado el período de la incubacion. Terminada esta, el ave no piensa en otra cosa que en procurarse el alimento indispensable, tanto para ella como para sus hijuelos: con frenético afán, con la boca sumamente abierta, vuela ahora con asombrosa rapidez en todas direcciones, y no hay insecto que al cruzarse en su camino, no se quede instantáneamente pegado á su viscoso paladar. El ave no da por terminada la furiosa caza hasta haber acumulado una gran cantidad de insectos dentro de su garganta: vuelve ahora rápidamente al nido y da la presa al mas hambriento de sus hijuelos. Esta tarea ocupa á nuestra ave por espacio de siete ú ocho semanas, lo que no puede menos de ser así, dado que los pequeñuelos

no pueden abandonar el nido hasta hallarse lo bastante desarrollados para poder desde luego, y sin prévio ensayo, sostenerse en medio del espacio. Macho y hembra se encargan de cubrir los huevos, y tres semanas despues de puesto el último de estos, tiene lugar la eclosion. Los pequeños vienen al mundo con el cuerpo enteramente cubierto de plumon gris, al modo de pequeñas rapaces; solo se descubren indicios de plumas en la cabeza, en las alas y en la cola; aquellas están ribeteadas de blanco; las patas, del todo desnudas, son de color rosado. Aun cuando la puesta se compone al principio de cuatro huevos, sin embargo no se encuentran á menudo mas que tres pequeñuelos, sea porque los padres en sus movimientos siempre impetuosos hayan aplastado uno de aquellos, sea que uno de estos haya sido expulsado del reducido nido por sus hermanitos. Se desarrollan con mucha lentitud, á causa de lo difícil que es para los padres procurarles el suficiente alimento; pero dejan ya el nido mucho tiempo antes de emprender el primer vuelo. Cógense con las uñas á las paredes de las hendiduras mas espaciosas; permanecen con frecuencia largas horas en esta postura, y los viejos se encargan de llevarles comida. Comienzan á volar á fines, y cuando mas pronto, á mediados de agosto, y llegada la época de emigrar, despliegan ya en el vuelo la misma destreza de los padres.»

ENEMIGOS.— Tanto por el sitio donde construye su nido, como por su costumbre de permanecer constantemente en las mas elevadas regiones del aire y la rapidez de su vuelo, el vencejo alpino goza de una vida bastante segura y tranquila: solo le alcanzan el hambre y los rigores del frio, que diezman á veces colonias enteras. Al modo que su congénere el comun, traba encarnizadas luchas con sus semejantes; cógese por las uñas con tanta fuerza á su adversario, que á menudo cae con él al suelo, y la pelea termina las mas veces con la muerte de los dos contendientes. A pesar de que en Capri vive literalmente al lado del halcon emigrante, y por mas que Bolle crea que no debe apenas temer de su vecino, no puede, sin embargo, negarse que es algunas veces victima del ave de rapaña, como lo atestigua el hecho que en otra parte dejamos consignado. Tiene tambien por enemigos á diferentes clases de parásitos, los cuales le molestan bastante, especialmente en la época del celo.

CAZA.— En Suiza, nadie piensa en perseguir al vencejo alpino, si no es por fines científicos; pero no sucede lo propio en Italia y en Grecia, donde aun como en los tiempos de Gessner, se le coge con anzuelo. «A veces, dice Bolle, se ve en Italia un muchacho que tendido en el borde de un escarpado escollo ó del tejado de una casa y ocultándose lo mas posible, se entretiene en cazar el vencejo alpino. Sirvese para ello de una caña ó pértiga, á uno de cuyos cabos está sujeto un hilo de color azul celeste, el cual tiene á su vez en el extremo un anzuelo oculto entre algodon y plumas; muévase el anzuelo, junto con varias plumitas que flotan casualmente esparcidas á su alrededor, al impulso del viento, y en él queda cogida el ave en el momento de ir á recoger materiales para la construccion de su nido.» En Portugal se caza tambien al ave de la misma manera, segun refiere Rey. En Grecia, segun dice de Mühle, se colocan entre dos puntos elevados y opuestos varios cordones, de los que se hallan suspendidos pequeños anzuelos provistos de crines de caballo y plumon, y en ellos son cogidos los vencejos alpinos cuando están ocupados en reunir materiales para fabricar su nido. Acéchase tambien á las aves desde lo alto de una roca, donde sopla de continuo una corriente de viento; se les tira y caen muertas al fondo del ribazo, á donde se pasa luego á recogerlas para llevarlas al mercado, en el que son bastante estimadas.

CAUTIVIDAD.— Aunque era ya de presumir que seria muy difícil criar al vencejo alpino en el encierro, sin embargo Girtanner quiso hacer el ensayo. Los cogidos en edad avanzada se mostraban huraños y rebeldes; echábanse contra las paredes del encierro, lanzando á cada choque un penetrante grito; se acurrucaban en el ángulo mas oscuro de la sala y permanecian allí, sin moverse en lo mas mínimo; hasta que se les sacaba de dicho sitio. Repetidas veces lograron hincar sus aceradas uñas en la mano del que los cuidaba; así es que este creyó oportuno ponerse unos guantes de piel siempre que debia cogerlos para darles comida. Una hembra pereció á los cinco días de haber sido cogida, á causa de rehusar ó arrojar constantemente el alimento que se le daba; el macho se dejó alimentar, pero con muchas dificultades; fué enflaqueciendo mas y mas cada dia y murió tres semanas mas tarde: esta pareja tenia completamente descuidados á sus hijuelos, que habian sido cogidos con ella, á causa sin duda de la imposibilidad de alimentarlos. Girtanner pudo comprobar asimismo lo ya observado por Fatio, á saber, que los adultos no tragaban pequeños bocados, sino que aguardaban hasta haberse acumulado en la garganta una gran cantidad de comida, la que deglutian luego, haciendo un violento esfuerzo.

Los cuatro pequeñuelos que componian la nidada, tenian en el momento de ser cogidos, de cinco á seis semanas de edad y se parecian ya muchísimo á los padres; en febrero del año próximo desaparecieron por completo los bordes blancos de sus plumas, y luego empezó la muda del plumon. Su vida en el encierro era en extremo monótona, y solo parecian mostrar algun apego á su nido, consistente en una pequeña cesta llena de musgo. Hacia fines de agosto comenzaron á ensayarse en el vuelo; pero fueron inútiles todos sus esfuerzos, y no pudieron nunca remontarse á pesar de ser muy robustos y bastante vivaces. No bien habian conseguido levantarse un poco, volvian luego á caer al suelo; arrastrábanse penosamente hasta el rincon mas próximo, y allí se quedaban por largo rato, con las cabezas apretadas unos contra otros, viniendo á formar una especie de estrella.

Cuando se colgaban de una pared, nunca pensaban en abandonar el sitio, y caian á tierra luego despues de haberlo intentado. A los tres meses aprendieron á beber y lo hacian á menudo y de igual modo que las otras aves; en cambio Girtanner nunca pudo conseguir que tomaran por sí mismos el alimento, debiendo este serles ingurgitado, de lo contrario permanecian sentados y con la boca abierta, sin comer nada. Cuando se hizo ya sentir el frio, fué preciso encerrarlos en una espaciosa jaula, á lo largo de cuyas paredes trepaban afanosamente, promoviendo gran ruido: si uno tocaba á otro sin necesidad ó motivo explicable, echábanse todos á dar brinco y á proferir incesantes gritos. Como á partir de últimos de noviembre no era de esperar un mayor desarrollo físico ni intelectual, Girtanner se decidió á dar muerte á tres de ellos, y solo continuó criando el cuarto hasta primeros de mayo: devolverles la libertad valia tanto como entregarlos de intento á una muerte segura é inevitable. «Hasta el vencejo alpino, así concluye Girtanner, es susceptible de conservarse en cautividad, aun dentro de una jaula; pero me remorderia la conciencia de aconsejar á nadie que lo eligiera por compañero en una estancia: es mejor dejarle abandonado á los locos arrebatos de una libertad sin limites.»

USOS Y PRODUCTOS.— «No se puede negar, dice Girtanner, que es muy poca la utilidad que reporta el vencejo alpino en la economía de la naturaleza; pero tampoco puede afirmarse que cause el menor perjuicio: su grito no es, á la verdad, nada agradable, y es su carne tan poco sabrosa, que no vale la pena de darle caza. No debe, sin embargo, olvi-

darse que destruye un extraordinario número de insectos; que anima con sus alegres gritos los escollos mas tristes y las montañas mas desiertas y que, por último, causa una impresión en extremo agradable ver brillar á los rayos del sol en las cumbres de los montes una bandada de estas aves, contemplar sus juegos y combates, sus interesantes costumbres y modo de vivir.»

EL VENCEJO COMUN — CYPSELUS APUS

CARACTÉRES.—El vencejo comun, que tantas veces hemos citado, tiene 0^m,18 de largo por 0^m,40 de ala á ala; esta plegada mide 0^m,17 y la cola 0^m,08. El plumaje es de un color negro pardo de hollin con visos de un verde negro de bronce, los cuales se hacen mas pronunciados en el lomo y en la espaldilla; la barba y la garganta se presentan adornadas de una mancha blanca redondeada; el ojo es pardo oscuro; el pico negro y las patas de un tinte pardusco claro. No se nota diferencia alguna entre los dos sexos; los individuos jóvenes difieren de los adultos por tener el plumaje de un color mas claro y los bordes terminales de las plumas orlados de una delgada línea de un blanco pálido.

El vencejo comun es reemplazado en Egipto por el múrido, el cual fué descrito primeramente por mi padre y por mi bajo el nombre de *cypselus murinus*, y 15 años más tarde por Shelley bajo el de *cypselus pallidus*, y se distingue de sus congéneres por el color gris de raton de su plumaje y por la mancha blanca de su garganta. En China vive una especie muy semejante al vencejo múrido, á la cual se da la denominación de *cypselus pecineusis*.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Esta es el ave que vemos volar por las calles desde el 1.º de mayo al mes de agosto, y tambien al rededor de los campanarios de nuestras iglesias, lanzando penetrantes gritos. Está muy diseminada: yo la he visto de Drontheim á Málaga en todos los países de Europa que he recorrido; otros observadores la han encontrado en una gran parte del Asia central y septentrional; en ciertos puntos de Persia es muy comun durante el verano, y en otros, especialmente en los alrededores de Schiras, anida en número considerable. Durante sus emigraciones atraviesa toda el Africa, y ha sido observada tambien en el extremo sur de esta parte del globo.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—El vencejo comun llega á nuestros países con una regularidad notable; aparece el 1.º ó el 2 de mayo y nos abandona el 1.º de agosto, á mas tardar. Los individuos que se ven despues de esta época son los que se fijaron en los países mas septentrionales, ó que retrasados en la cria á causa del mal tiempo, tienen aun hijuelos que no pueden emprender un largo viaje. A fines de agosto encontré todavía algunos de estos rezagados en Alemania y en el Dovrefjeld.

En los sitios donde anidan muchas de estas aves, es mas difícil observar la época de su llegada y de su vuelta; es por el contrario fácil fijarla donde crían pocas. Así en el año 1877 pude notar que la única pareja que habitaba en el campanario de la iglesia de la aldea donde nací, habia desaparecido ya á 26 de julio, y desde esta fecha hasta mediados de agosto, continuaron pasando varias de estas aves, solas ó reunidas en parejas y familias; daban unas cuantas vueltas al rededor del citado campanario y volvian luego á alejarse: en este mismo año no compareció ninguna otra desde el 13 de agosto en adelante. Eugenio de Homeyer observó bandadas emigrantes muy rezagadas en los dias 8 y 9 de setiembre. A España llega el vencejo negro en igual época que á Alemania, y abandona el primero de los citados países al mismo tiempo que el segundo; sin embargo no sucede lo

mismo por lo que toca á Grecia, segun observaciones por mí practicadas: aqui aparece mas temprano y emigra mas tarde á las regiones del sur. Segun los datos de Lindermayer, que á la verdad tengo por algo dudosos, se presenta en este último país mas pronto que el vencejo alpino, esto es, á fines de marzo; pero segun las observaciones de Krueper, lo hace en igual época que su congéneres, á mediados de abril, y raras veces á principios, y se marcha tambien temprano como este. En el centro de la Persia se le ve casi en la misma época que en Grecia, al paso que en el sur aparece ya en febrero; pero al decir de Saint-John, permanece en aquel país hasta fines de octubre.

Pocos dias despues aparece en el interior de Africa; el 3 de agosto le ví yo sobre los minaretes de la mezquita de Kartum. En el alto Egipto se hallan con frecuencia, sobre todo en los meses de febrero y marzo, numerosas bandadas de estas aves; y es probable que algunas pasen allí el invierno, aunque la gran masa llega hasta el cabo de Buena-Esperanza. Sin embargo, durante mi residencia en Málaga, ví con admiración, del 13 al 28 de octubre, gran número de ellos, que volaban al rededor de los campanarios. Me inclino á creer que eran aves que volvian de Africa, pues segun todas las observaciones, abandonan al mismo tiempo el sur y norte de España, es decir, en los primeros dias de agosto, sin que se encuentren luego mas que algunos individuos rezagados. Estos últimos, por causas todavía desconocidas, se pueden ver tambien mucho mas tarde mas hácia al norte: así Dowell hace mención de un vencejo negro aislado, el cual fué visto en Inglaterra en compañía de varias golondrinas durante el mes de octubre, y Collett nos habla de otro, el cual aun en noviembre revoloteaba en la comarca de Waranger Fjords y fué hallado muerto de hambre en 15 del mismo mes.

Parece que los vencejos negros emigran siempre en grandes bandadas: con frecuencia se ven docenas y hasta centenares de ellos donde la vispera no se divisaba uno solo; viajan de noche, abandonando todos á la vez una determinada ciudad: Naumann dice que á la mitad de aquella es cuando emprenden la marcha.

El vencejo negro habitaba primitivamente solo en los peñascos; con el tiempo vino á morar entre los hombres, y poco á poco ha llegado á convertirse en ave de ciudad y aldea. Al principio establecia su morada en edificios antiguos y de alguna elevación, especialmente en las torres, y solo cuando no bastaron los agujeros ó grietas que habia en los citados sitios, se vió precisado á anidar en los huecos de los árboles, viniendo así á convertirse en habitante de los bosques. Esta ave pertenece al número de aquellas que van multiplicándose cada día mas en Alemania, por lo que no es de extrañar que en muchas localidades y aun en comarcas enteras de este país comience á sentir la escasez de moradas donde fijarse. Como antes, habita tambien hoy en peñascos que le ofrezcan condiciones favorables, y sube en la montaña hasta unos 2,000 metros de altura.

Nada difícil es distinguir el vencejo negro de los hirundinidos, pues sus movimientos y su género de vida difieren mucho de los de las golondrinas. Como estas es sumamente vivaz y activo; el aire constituye su verdadero dominio, y allí es donde pasa toda su vida; desde que lucen los primeros albores de la aurora hasta que cierra la noche, caza y vuela á grandes alturas, y solo por la tarde, ó cuando hace mal tiempo, se acerca á la tierra.

No puede precisarse hasta qué punto se remonta en el llano, pero si es posible, cuando se le observa desde lo alto de las montañas; desde las cumbres del Montserrat y de la cordillera de los Gigantes, vile elevarse sobre el llano á tanta altura, á cuanta pude alcanzar con el antejo, de modo que

llega á traspasar las capas de aire que se encuentran á mas de 1,000 metros de elevación. Esta ave vuela mas ó menos tiempo, segun sea la duración del dia: en el solsticio de verano prolonga su vuelo desde las tres y diez minutos de la madrugada hasta las ocho y cincuenta minutos de la noche, al parecer, sin interrupción.

En nuestros países despliega su actividad hasta en pleno medio dia, y en los meridionales pasa esta hora oculta en el fondo de un agujero. En Canarias, por ejemplo, segun nos refiere Bolle, los vencejos desaparecen hácia las diez de la mañana, y no se dejan ver hasta la tarde.

No conozco en nuestros países ningun ave que vuele con tanta rapidez: su vuelo es fácil, ligero y siempre sostenido; no puede cambiar bruscamente de dirección, como lo hace la golondrina; pero corta el aire con mas ligereza; sus estrechas alas, en forma de hoz, se agitan con tal rapidez, que la vista no puede seguir sus movimientos; luego las extiende el ave de pronto y se cierne, inmóvil al parecer.

De tal modo atrae su vuelo, que por él se echa en olvido cuanto tiene el ave de desagradable, y se la contempla siempre con creciente entusiasmo cuando se cierne en lo alto del espacio. Sostiénese en este de cualquier modo y en todas las posturas: sube con la misma facilidad que baja; se vuelve y gira con sorprendente rapidez; describe los grandes círculos con la misma seguridad que los pequeños; vévela por un momento volar rasando la superficie de las aguas, y á los pocos momentos desaparece, remontándose á una inmensa altura.

Ningun ave es en cambio mas torpe para moverse en tierra; no puede andar, y lo mas que hace es arrastrarse penosamente; se ha dicho que es incapaz de tomar impulso cuando se le pone sobre un terreno muy llano; pero esto es un error. El vencejo que está en tierra extiende las alas; de un vigoroso empuje se lanza por los aires y emprende su vuelo, siendo de advertir que tambien puede hacer uso de sus patas, de las cuales se sirve para trepar por las paredes verticales y defenderse.

El vencejo grita y no canta: su voz consiste en un sonido penetrante que se puede expresar por las sílabas *spi, spi ó kvi*; cuando el ave está excitada, se la oye continuamente producir estos sonidos, y si se reúnen varias, hacen un ruido que aturde. Al volver á sus nidos todos gorjean, lo mismo los jóvenes que los viejos.

De todos sus sentidos, el oído y la vista son los mas perfectos; el olfato, el gusto y el tacto parecen bastante obtusos.

Bajo el punto de vista de la inteligencia, el vencejo ocupa un lugar bastante inferior; es pendenciero, violento y aturrido; no vive en paz con ningun ave, ni aun con sus semejantes, y siempre se le ve luchar dias enteros cerca de su nido. Dos machos dominados por la pasión de los celos se precipitan uno sobre otro; se cogen por las uñas y caen á tierra rodando; los golpes que se dan no son siempre inofensivos, pues á mi padre le presentaron algunos vencejos que cayeron muertos á tierra, y que tenían el pecho completamente destrozado. Acometen tambien á otras aves: Naumann vió á un individuo perseguir sin motivo alguno á un gorrion que buscaba gusanos; cayó sobre él varias veces como lo hubiera hecho un halcon, y espantó de tal modo al pobre pájaro, que este fué á buscar refugio á los piés de los labradores que trabajaban en un campo. El vencejo negro no manifiesta tener buenos sentimientos sino con su progenie. Forma su nido en diferentes parajes, segun la localidad: en Alemania comunmente lo hace en las grietas de los muros de los campanarios y de los grandes edificios ó en los huecos de los árboles, y raras veces en los agujeros de las paredes arcillosas escarpadas. A menudo ahuyenta á los estorninos y los gorriones de los nidos artificiales que se preparan para ellos, sin que baste

á contenerle la presencia de la hembra que cubre. Acócala de tal modo, que la obliga al fin á dejar el nido.

En el caso de verse seriamente resistido, recurre á sus armas naturales y lucha desesperadamente con el objeto de alcanzar un sitio donde anidar. Léase á este propósito lo que me escribe Liebe. «Un estornino, dice, que defendia valerosamente su nido contra los ataques de un vencejo negro, fué gravemente herido por este, en términos que cuando el jardinero acudió en su auxilio, estaba ya muerto: la pobre ave tenia el ala y el lomo profundamente desgarrados, y en algunas partes de la cabeza la piel estaba del todo desprendida. Es imposible que el vencejo negro infiera tales heridas con

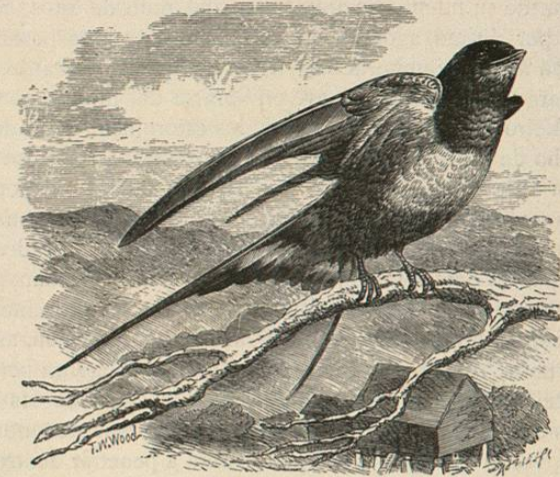


Fig. 95. — EL VENCEJO ENANO

su flexible y poco resistente pico, por lo que se puede suponer fundadamente que en la lucha se vale de sus fuertes y aceras uñas, cuando no le bastan ni las alas ni el pico. Nada tiene, pues, de particular que hasta el fuerte estornino se vea obligado á ceder ante un tan violento como peligroso adversario. Este hace caso omiso de las quejas de las afligidas aves á las cuales arrebatará el nido; echa plumas, trapos y cuanto atrapa al vuelo sobre los huevos ó los pequeñuelos: aplasta á los primeros, ahoga á los segundos, y despues de haber amasado el todo con saliva, pone á su vez.

El señor Daumerlang, quien ha estado observando por largos años las luchas entre los estorninos y los vencejos negros, las describe del siguiente modo en una carta que me escribe. «En la ventana de la buhardilla que se abre sobre mi despacho se halla colocada una caja para los estorninos, la cual, á causa de su favorable situación, se encuentra regularmente habitada, si no por estas aves, por gorriones, y durante el verano por vencejos comunes. En las luchas que sostienen los estorninos con los gorriones, quedan siempre vencedores los últimos; pero no sucede ciertamente lo mismo en las que traban con los vencejos negros. Estos no se dejan amedrentar por nada, y todo lo arrostran con tal de poder apoderarse de la caja donde ya á su llegada está incubando el estornino, y tener así un sitio para poder anidar. Si yo no tercio en la pelea, los estorninos son siempre expulsados de la caja despues de largas y encarnizadas luchas, y los vencejos, sin hacer caso alguno de los picotazos de los expulsados, toman posesión de aquella, rompiendo luego los huevos ó destrozando á los pequeñuelos con sus aceras uñas.

»Como siento especial simpatía por los vencejos negros, á causa de su vigor é incansable actividad, coloqué una caja particular para ellos al lado de la de los estorninos; pero bien pronto noté que no hacian uso de ella, no por otro motivo sino porque no contenia en su interior nido alguno, pues la posesión de este parece ser lo único que codician.